

Sobre la crítica y los críticos

Daría todos los libros del mundo —y ya es mucho dar para un bibliómano— si pudiera leer la **Divina Comedia** como la leyeron los hombres del **Trecento**. Pero seis siglos nos separan de Dante, hondo y erudito motivo de estudio son para nosotros sus sentimientos e ideas, y una montaña de libros, si satisfacen nuestra inquietud, nos quitan lo esencial. Una montaña de comentarios, afirmaciones y réplicas, búsquedas políticas, religiosas, lingüísticas, hasta psicológicas y criminológicas, tanto que sería tarea de nunca acabar el recordarlas. Y ya no pensamos en la **Comedia** sin que surjan —como a un conjuro poético— nombres y más nombres y un arsenal de interpretaciones, traducciones mediocres o malas, ripios, apóstrofes y, en calidad de epílogo, los consabidos dibujos de Doré, llenos de admirables contrastes románticos.

Aquí se trata de una obra profunda, tan pensada como sentida, escrita con intenciones alegóricas —*sotto il velame delli versi strani*— genuina enciclopedia histórica, filosófica, teológica y política —¡buen campo para la avidez de los comentadores!— pero hay también creaciones ingenuas y deliciosas del alma popular, viejísimas leyendas que aún mantienen su frescura para solaz de los niños. ¿Quién no conoce a Blanca Nieve, **Sneewittchen**, el cuento exquisito que hallaron los hermanos Grimm en el rico tesoro germánico? ¡Inolvidable Blanca de nuestros amores infantiles! Ya nadie ignora que sólo eres un mito y has nacido de esa imaginación nórdica, terrible y profunda; pero también juguetona y suave, creadora de hadas y gnomos y elfos. Ocúltase el invierno tras la suavidad de tu nombre y todo lo que te rodea —el cazador, tu madrastra, los graves y comedidos enanos y tu esposo, el príncipe —constituyen un maravilloso mundo de símbolos. Y has de caer algún día —si ya no has caído— en manos de un psicoanalista, émulo de Otto Rank, que buscará el más íntimo porqué de

tu existencia. Y te clavará, como a una pobre mariposa, en el escarapate de un libro sesudo y algo paradójal.

Y ahora otro ejemplo: ¿pensó acaso Cervantes, al escribir su *Quijote*, en todo lo que le atribuye la crítica? Vieja pregunta a la que ha de seguir la vieja y negativa respuesta. Pues harto sencillas fueron sus intenciones, y al tratar de darnos una nueva novela ejemplar y un personaje cómico, Licenciado Vidriera de la andante caballería, le salieron sin querer esos dos arquetipos que juntos son como un símbolo vivo del hombre. ¿Y quién podía decirle a ese buen soldado, muy engreído con su cristiana manquera y respetuoso de pasadas glorias, que iba a dar por tierra con el mundo heroico del feudalismo? Pero los críticos —busca que te busca— le hallaron esto y aquello y lo de más allá y entre excesos y dislates toparon con las razones íntimas. Esas razones que la razón no conoce y guían, como un lazarillo, la mano del autor.

Y si Dante y Cervantes y otros cien pudieran leer lo que sobre ellos escribieron, dirían, alelados de asombro: “Nada de esto puse en mis páginas, nada de esto pensé”. —“¿Nada de esto?”, les murmuraría un crítico psicólogo, un avezado crítico moderno. “¿Y qué sabéis vosotros? Cosas son esas que os han salido como en sueños. Recordad que el malicioso Sócrates os comparó nada menos que a la Pitonisa de Delfos. Y buenas Pitonisas sois, — o Pitonisos, si la expresión es lícita— pues vuestro Dios está en el inconsciente. Y al surgir en los momentos de inspiración, como a través de un hueco espiritual, ha creado lo mejor de vuestras obras.

Y Dante y Cervantes y los otros cien aceptarían aquellas razones por no hallarles réplica. Y dirían con un tono entre malhumorado y complaciente: “Bien, muy bien. Honremos a los críticos que descubrieron lo que nosotros mismos no podíamos saber. Pero tenemos una duda. Somos algo viejos— de una vejez histórica— y no queda mal en nosotros un poco de duda. Entre muchas verdades e intuiciones —para emplear vuestro lenguaje —¿no habrían revelado los críticos lo que ellos mismos hubieran deseado decir? ¿No habrán disfrazado sus sentimientos e ideas con nuestros nombres? ¡Son tan vanidosos! Tal vez más que nosotros”.

Y aquellos superhombres tendrían también su parte de razón. Admiraremos a los críticos; pero desconfiemos de ellos. Y cuanto más sesudos y grandes, mayor ha de ser nuestra desconfianza. Con su talento y a veces con su genio —pues también hay genios de la crítica —ven lo que no ha visto nadie, tienen verdaderas efu-

siones de gracia espiritual ante una obra, como si hubieran entrado en ella, lámpara en mano, hasta sus más secretos resquicios subterráneos. Pero suelen dar la impresión del que finge buscar a otro para buscarse a sí mismos. Y no recuerda su eureka el del arqueólogo que da, por fin, con la momia de un faraón o el tesoro de un Atrida, sino del que sorprende la lucecilla que tiembla en el fondo de su propia alma. El hallazgo estará bien presentado, muy bien puesto en su marco histórico, religioso o social-económico —según la moda del día— con un buen acopio de citas y un tono pedante de objetividad absoluta. Pero la pasión filtra a su pesar y si habría que analizarlos a ellos, como ellos analizan a los demás, muy pronto descubriríamos el engaño.

Por esto un amigo mío —que algo sabe de letras— prefiere a esos críticos afamados y geniales los humildes, ovejunos cronistas adocenados. Y hasta se complace a veces con aquellos adorables gacetilleros de tercera magnitud —y con muchas ínfulas— que hacen críticas ingenuas, a base de recortes de papel y observaciones perogrullescas, para solaz de los “literatos” de crónica social.

Y por aborrecimiento de la imparcialidad —etiqueta falsa como todas— sólo lee a Sainte-Beuve en *Mis venenos*— el legítimo Sainte Beuve que tilda a Hugo de charlatán, a Lamartine de industrial literario y se muestra de cuerpo entero en estas palabras: “Cada crítico tiene su caza favorita sobre la cual cae y despedaza con preferencia... Para mí es Balzac”. La caza de Brunetière es Baudelaire; pero no lo dijo. La caza de Lasserre son los románticos y no lo dice. Y si queréis un buen cazador, magnífico en el odio, recordad aquel simpático reaccionario —*rara avis*— que se llamó Barbey d’Aureville. Atacó sin máscara, frente a frente y entre quijotescas paradojas asestó uno que otro golpe terrible...

* * *

Razones a las que no hay que quitarles punto ni coma. Pero con éstas y otras fallas— o cualidades, pues no sé cómo llamarlas —los críticos son siempre admirables. Vuelven a crear continuamente el mundo heroico del arte y remozan las viejas estatuas con práctico sentido de actualidad. Buscan lo que hay de eterno en las creaciones del pasado y las aderezan a la moda del día. Sutil acierto maieútico que Sócrates les hubiera envidiado. Los antiguos veían en la *Odisea* el mundo primitivo y simple de sus creencias, más



tarde de sus símbolos filosóficos. Hoy es otra cosa. Buscamos en el viejo poema un maravilloso fondo de aventuras escritas para niños grandes, el eterno niño que hay en el hombre. O encontramos allí, en nuestra época inquieta, ruda y cínica, una lección de energía individual, y tras el prudente y sagaz Odiseo vislumbramos al Superhombre de Nietzsche. Obra modernizada, re-creada, un espléndido relato concebido por un Mac Orlan de genio que hubiera prestado oídos a las sugerencias de Zarathustra.

Pero aquí se plantea otra cuestión: ¿Ha de achacarse solamente a los críticos la "modernización" de las viejas obras? ¿Les seduce el prodigio, algo grotesco, de vestir a la Afrodita de Praxíteles con un maillot de bañista? Creo que no. Creo que también los críticos, como los autores a los cuales juzgan, no hacen más que condensar una tendencia unánime, añadiéndole su acopio original. Y original hasta cierto punto, pues hablan en ellos el credo religioso, la cultura, la clase y las relaciones benévolas o resentidas con su credo, su cultura, su clase. También ellos se definen como representantes de su siglo —aun cuando lo aborrecen— y ven el Ramayana o el Libro de Job con los ojos de un intelectual de la época de la máquina. Por más que traten de pensar y sentir a la usanza griega, romana o babilónica se advierte al hombre **modelado** por el abominable traje moderno. Y a veces, por odio a ese traje que no se pueden quitar, buscan también ellos evasiones, verdaderas evasiones críticas análogas a las evasiones creadoras. Les seduce el rudo lenguaje de la Gesta de mio Cid, del Beowulfo y de la Canción de Roldán, hartos del verso puro de Paul Valéry y del futurismo de Mayakowski. Pero al juzgar al pasado no logran olvidar el presente. Son como los astrónomos que estudian, a través de sus telescopios, los montes de la Luna. ¡Ah, si estuvieran en la Luna! Pero si estuvieran en la Luna sería como si dieran su opinión sobre los trabajos de sus contemporáneos de la tierra. Sería como aquellos que pesan y miden a Joyce, a Gide o a Pirandello con un criterio aún más **interesado** que el de la crítica a distancia. Esto lo sabe todo el mundo; pero todo el mundo no sabe que la fama —digo la fama y no el valor intrínseco— de Joyce, de Gide y de Pirandello depende —en sus dos tercios, tal vez algo más— de las opiniones patrióticas, sociales y literarias de sus críticos. Y dentro de cien años, aun reaccionando contra ellos, aun descubriendo otras excelencias y errores que nosotros no vemos, siempre observarán el Ulises, **Los falsos monederos y Seis personajes**

en busca de autor a través de los lentes turbios o serenos de los críticos de hoy. Será Joyce según Valéry Larbaud, Gide según Pierre Quít, Pirandello según Mario Puccini —para no citar más que a un crítico para cada creador. Del mismo modo que conocemos a Poe según Baudelaire y a Whitman según Bazalgette. Sí, el crítico contemporáneo —o casi— es un ente grave y temible. Pesa sobre él una cósmica responsabilidad estética, sin contar las infinitas proyecciones sociales. Da el primer impulso y empieza a crear aquella atmósfera en la cual viven, deformadas y recias como dentro de un bloque de hielo— al que siempre se añaden nuevos estratos— las seculares obras de arte. Y las que tienden a ser seculares. Dentro de doscientos años no se podrá recordar a Dostoyevski sin pensar en las páginas de Merejkowski y en el libro de Gide —que es lo mejor de Gide. Aquí se trata de hombres de una generación próxima— lejos de las pequeñas pasiones y desviaciones contemporáneas— que limitan y profundizan el alma del creador, aun poniendo mucho de sí mismos. La segunda generación crítica, el segundo estrato en el bosque eterno. Tal vez el más acabado.

Y si el genio surge y se precisa en el ambiente formado por los críticos —algunos de ellos con su partícula de genio—, este mismo ambiente espiritual asegura la trascendencia del crítico. No como luz refleja, sino como interpretación audaz del hombre. Colocándose en el corazón del hombre y en el corazón de la obra los vuelve a crear a su manera. Y los proyecta, luego, hacia el porvenir.

Pero él también va con ellos.

HERNANI MANDOLINI.

